**Dossier prepared by Dr Joanna Allan for SPAN1141, Epiphany and Easter Terms**

**Identity in Modern Equatoguinean Cultural Production**

**Contents**

**Trifonia Melibea Obono Ntutumu**……………………………………………………………………………2

*Una mujer de costumbres blancas en Guinea Ecuatorial*……………………………………….2

*Una guineoecuatoriana en Chueca*……………………………………………………………………………4

*El orgullo necio de ser fang*……………………………………………………………………………………….6

*Muerte, ven conmigo*………………………………………………………………………………………………..8

*La tierra enajenada*…………………………………………………………………………………………………..9

**Juan Tomás Ávila Laurel**…………………………………………………………………………………………10

*Mares de ollas*…………………………………………………………………………………………………………10

*Guinea*…………………………………………………………………………………………………………………….27

*Ecuatorial*……………………………………………………………………………………………………………….28

**Hijas del sol**…………………………………………………………………………………………………………….28

*Tirso de Molina*……………………………………………………………………………………………………….29

*Oro negro*……………………………………………………………………………………………………………….30

*Kumbala*………………………………………………………………………………………………………………….31

*África, nombre de mujer*………………………………………………………………………………………….32

*Pasaporte mundial*………………………………………………………………………………………………….33

**Trifonia Melibea Obono Ntutumu**

Bibliography: Trifonia Melibea Obono Ntutumu is an Equatoguinean feminist and Writer born in Evinayong, continental Equatorial Guinea, in 1982. She featured on Spanish newspaper *El País’* list of the ten most influential African women of 2016, whilst her second novel, *La Bastarda*, appeared in the top ten list of African books by the same newspaper, also for 2016. Obono Ntutumu currently lectures at the University of Equatorial Guinea and is completing a PhD on Fang marriage practices at the University of Salamanca, Spain.

# Essay: *Una mujer de costumbres blancas en Guinea Ecuatorial*

# Published 30 December 2016 by *Fronterad*. Available at <http://www.fronterad.com/?q=15502>[accessed 1 January 2017]

**V**i al entrar un cuerpo engordado por la patriótica alimentación guineoecuatoriana y ensombrecido en una túnica blanca y voz de armas. A este hombre le sirve todo el mundo, sonaba una queja en mi mente salpicada por los escándalos de la fe. El micrófono, la lectura, los canticos, la Biblia, etcétera, los sostenían los sirvientes de Dios. Jesucristo lloraba en la cruz sangre en las rodillas, manos, pies y nalgas.

El rostro de una mujer de costumbres blancas se secaba las lágrimas en las camisetas de un grupo de fieles sin razón de ser acomodadas en los asientos de la santa madre iglesia. Al entrar se habían arrodillado, al sentarse también sobre una madera adornada de piel y colchón vaticanos.

El asiento del sacerdote recordaba a Nerón. Las sillas de los monaguillos regresaron la memoria a las salas de cine de la colonia, llenas de emancipados, población blanca y colectivo indígena.

—Se ha muerto una mujer de costumbres blancas y la familia está de fiesta. Por fin a tres metros bajo tierra. El honor bantú regresa a lo más alto, humillado durante veintidós años, los que vivió la joven muerta de una enfermedad que largamente venía padeciendo.

La muchacha se llamaba Eyanga, nombre fang, creció y ¡horror!, la América negra la bautizó y lanzada como una flecha, libertinaje floreciente, se dejó llevar por un grupo de chicas, del todo. Sin descendencia ha fallecido, sin novio ha fallecido.

A su familia de nacimiento le encontró rápidamente sustituta, las mujeres guineanas de costumbres blancas. Andan en grupo, se visten a veces como hombres, se hacen cosas de hombres y mujeres. Y luego se fotografían balón en mano y victorias deportivas de la nación. Eyanga, nacida hembra, murió virgen sin varón, el sacerdote no lo supo. No asistió al funeral que terminó en viacrucis con el cadáver enterrado sin palabras de despedida cariñosas a lo bantú. La madre se negó a pronunciarse. El padre no asistió al cementerio, la hermana de ella soltó una carcajada.

Eyanga humilló a la tribu con sus costumbres blancas. Vivía con otra mujer. Amiga suya tal vez. Lo hacían todo juntas. Vivían solas y a solas, sin familias de nacimiento. Hoy se reza por el alma de una anticristo, sale un rumor en el asiento de atrás y el representante del hijo de Dios en Malabo no lo sabe, si no mandaría salir de la sacrosanta casa de Dios. Era una desviada social, alcohol en exceso. Y eso que el abuelo, conocido patriota, luchó por la liberación nacional.

La anticristo y anti africana ultrajó el honor familiar coronado con cargos políticos en lo Arriba la República de Guinea Ecuatorial. Entre curanderías, iglesias y congresos, la familia juró lealtad bantú y odio a todo lo blanco. Porque fueron ellos, se dijo en el cementerio, los que trajeron la mezcla de mujeres con mujeres y de hombres con hombres en literas nocturnas de la patria, luego en palabras de los hombres con poder, también en palabras de las mujeres con poder, también en boca de la cultura bantú.

Suenan los reproches en todas las esquinas de Malabo. La familia se ha quedado en casa. La familia blanca ha organizado misa. El alma de Eyanga deambula por los caminos del señor. Vivió en pecado. Cometió dos delitos: vivir como una blanca en una Guinea Ecuatorial oficialmente negra, y hacer cosas de blancos nacida bantú.

Mamá quiero ser monaguillo. No puedes, eres una mujer. ¡Son tantas las preguntas cuya respuesta era la misma!

Y yo nací bantú con envidia al poder hereditario de los chicos. Y Eyanga, bantú con envidia a las personas normalizadas. Ella no pudo normalizarse. Vivió con una naturalidad envidiable. Está muerta. Yo, y viva, sigo codiciando el poder denegado a la mujer en esta cueva religiosa con asientos de primera línea para los de arriba la República de Guinea Ecuatorial.

Los monaguillos en asientos de la colonia pueden soñar con sillas de Nerón. Una mujer, no. De pie, todo el mundo rezando, no lograba rezar, Eyanga de vida blanca había muerto. Nosotras con la vida de las mujeres en Guinea Ecuatorial...

Las paredes pintadas de autoridad y un Jesucristo con las catorce caídas me miraban enfadados. ¡Las veces que se cayó mi madre con el nkueñ/cesta en la espalda! Las veces que me caigo por ser mujer y me tengo que levantar de nuevo. Todo a escondidas. ¿La gente no bailará las caídas mías y de mamá, verdad?

Las chicas de Malabo con costumbres de los blancos hablaban con Dios. ¿Qué le estarían diciendo? La mente de negra, la mía, tocaba la campana de la libertad sin permiso varonil y el sacerdote, micrófono sostenido por los sirvientes de Dios y suyos, rememoraba homilías en las que se le hablaba de Cafarnaúm, Israel y Abraham a mi abuela y se dormía. Yo lo hacía con ella.

Y gritaba el sacerdote en un templo diminuto y en un castellano agraciado. No le entendía ni yo que me había ido exclusivamente a acompañar y contestar a las preguntas de la infancia. Aquel antro del martirio no me traía buenos recuerdos. Eyanga estaba muerta. Había vivido como una blanca en territorio declarado bantú pero abrazado a lo blanco sin reconocerlo. Y yo seguía codiciando a Nerón. No podría sentarme en su silla. No, por ahora.

**Essay: *Una guineoecuatoriana en Chueca***

**Published 4 July 2016 by *Asodegue*. Available at:** [**http://www.asodeguesegundaetapa.org/una-guineoecuatoriana-en-chueca-de-trifonia-melibea-obono-ntutumu/**](http://www.asodeguesegundaetapa.org/una-guineoecuatoriana-en-chueca-de-trifonia-melibea-obono-ntutumu/) **[accessed 16 December 2016].**

Silencio, no hables, guineoecuatoriana. Un hombre desnudo pasa a mi lado. Maricón con orgullo, reza una pancarta pintada en un trozo de cartón amarrado a una pieza escapada de un paraguas. Esta vez las arcas de Madrid han descubierto que los desviados, como llaman los del Papa Francisco a las personas no heterosexuales en tierras de Cristóbal Colón, pueden socorrer la economía en medio de brotes verdes y el buen camino que la clase política ve con gafas de graduación fabricadas en la Bolsa de Nueva York.

Las carrozas pasan de par en par con mensajes de tolerancia e igualdad real. El colectivo LGTB se ha distribuido por Madrid, Chueca este año no representa a los desviados, son el orgullo de un país, reza Podemos. Las calles de España representan la segunda transición a la democracia con el exilio de jóvenes talento en tierras alemanas y británicas y en guerra con la desilusión económica. La carroza del Partido Popular no ha pasado. Ni se le espera. Rajoy está en la Moncloa dibujando los siguientes recortes y aprendiendo a hablar como persona digna de presidir un país.

Silencio, no hables, guineoecuatoriana. Acuérdate de que callarse es tu sin vivir en las mañanas con la casa esperando sus labores y la llamada de un amigo. Ven, ahora. La misa es obligatoria, hoy se celebra el Día de la Constitución y la obligación de asistencia en misa…

Silencio, no hables, guineoecuatoriana. El mandamás de mi salario está sentado en primera fila de la iglesia. Entro en medio de olores de cocina, sexo mañanero y descendencia de vacaciones, la escuela, qué gran invento. A mi lado la gente se arrodilla desde la puerta y habla entre dientes, nunca he llevado bien el silencio pero soy guineoecuatoriana, todo pa dentro. El templo está lleno de ilustrísimos, excelentísimos, reverendísimos, y bastardos con salarios de Mariano Rajoy. La gente se arrodilla, se coloca en pie, agacha la mirada, reproduce el discurso, el ofertorio lo lleva el responsable de mi pordiosero salario mensual después de que el sacerdote en plena ciudad de Malabo, maldijera políticamente a todo lo que se salta el matrimonio de penes con vaginas. Ya se ha enterado. Mucho maricòn y bollera andan suelta por las ciudades de Malabo y Bata. Dios lo prohíbe y aquí mandamos nosotros. Silencio, no hables, guineoecuatoriana.

Silencio, no hables, guineoecuatoriana. Me he pasado la misa organizando las clases del día siguiente en una agenda que recoge los mensajes del Día del Orgullo LGTB. Me gusta la Polla de mi novia. Ojalá al cura de las homilías represivas le gustara abiertamente la polla de su novio y no se refugiara en las bragas de las mujeres de los grandes cuyos dineros alimentan su ego de gigoló con caché. En Chueca la explosión de libertad cubre el límite de la lista del paro que en España la crisis del ladrillo y de tímida inversión en investigación y desarrollo, ha dejado. Si te quieres ir desnuda por la calle. Hazlo. Es el día de la libertad. La gente heterosexual lo disfruta, lo siente, lo come.  
Me he pintado, la bandera LGTB cubre las partes íntimas. Y eso que soy una guineoecuatoriana que se debe callar, someterse. Las tetas operadas de transexuales se dejan fotografiar. Árabes maricones desafían a Mahoma y al Imam. La Policía custodia la paz. Jóvenes de África están en las carrozas. Guinea Ecuatorial celebra por primera vez el día del orgullo LGTB en territorio Español. Que se queden allí.

La patria no tiene este problema que han traído los blancos, como todo lo malo que ocurre aquí. Los hombres son hombres y la mujeres simplemente mujeres, lo dice Dios y la cultura bantú. Por eso deben irse de la tribu, del sagrado apellido y de la familia. Marchaos con los blancos a sus aposentos. Lesbianas, homosexuales, transexuales y bisexuales, aquí no tenéis sitio. La pureza de la cultura bantú se debe preservar.

Sigo sin saberlo. Por qué puñetas debo irme a misa porque Guinea cumpla años o celebre estas fiestas descabelladas de cierre de instituciones como por ejemplo, san Isidro. Diversidad. Diversidad, es hora por favor. Las luces de la iglesia matan mí inteligencia. Es un sin vivir. Estoy indignada. Ya no me convence el discurso del silencio desde la puerta de entrada al mundo hasta la salida. Por favor Pilar Primo de Rivera deja que me vista como Madona. Quiero vivir. El Patronato de Indígenas ha cerrado las puertas de la libertad y abiertas las de Chueca y del Centro Cultural Español de Malabo a punta de yo qué sé. A donde voy yo entonces. Recuerda que eres guineoecuatoriana, todo pa dentro. Rajoy lo sabe, por eso ni viene, ni se le espera. La movida madrileña suela en los altavoces. A quien le importa lo que yo haga, a quien le importa lo que yo diga, yo soy así, y así seguiré, nunca cambiaré. Una guineoecuatoriana en Chueca se calla. En misa se calla. Se calla eternamente.

**Short story series: *Tres relatos (muy) cortos de Trifonia Melibea Obono Ntutumu***

**Published 3 May 2014 by *Tiempos canallas*. Available at**

<http://www.tiemposcanallas.com/tres-relatos-muy-cortos-de-trifonia-melibea-obono-ntutumu/> **[accessed 6 November 2016].**

***El orgullo necio de ser fang***

Por primera vez disfrutaba del placer de torturar. Tenía cuatro años: excesivo tiempo observando las cariñosas recomendaciones sádicas de papá. Aquella vez, a las ocho de la noche, mi hermana tenía que llevar de comer a la Casa de la Palabra, se cayó tras darse con la puerta, la comida se derramó al suelo y lo más penoso, se rompió el plato de cristal que la tía Clara compró en un mercadillo de Bata. Papá adoraba todo lo elaborado por los *mitangan* (blancos) porque mi abuelo, emancipado pleno en la colonia, tenía el derecho de consumir aceite de oliva y arrimarle el trasero a la madre España. Observen qué casualidad, papá  se encontraba en la cocina y como de costumbre, la abuela, mamá, mis hermanas, hermanos y primos, nos comportábamos como indígenas en presencia de colonos. Soy fang por decreto. Soy fang porque mi madre y mi padre lo son. Quiero configurar mi identidad.

Papá por casualidad llevaba aquella noche una linterna que a veces utilizaba para sacrificar animales domésticos del vecindario que entraban en su solar. Por hacer esto se ganó la enemistad del pueblo. Yo también sufrí como los patos, las gallinas, las cabras y las ovejas de la gente de la aldea; las madres y los padres de mis amigas prohibieron mi presencia en sus viviendas, así que desarrollé la triste habilidad de jugar sola. La linterna terminó clavada en la nariz de mi hermana, un chorro de sangre cubrió sus labios, no lloró, teníamos prohibido llorar los cinco niños y siete chicas (papá nos llamaba putas) del matrimonio forzado cuando llegaba el momento de disfrutar de la tortura. Era mi primera vez. Había pasado el tiempo viendo que los errores estaban prohibidos en casa, quien bufaba se llevaba cinco coscorrones regalados por cada una de las doce personas nacidas del mismo vientre que yo: sesenta coscorrones. La prohibición era única, quien golpeaba con piedad al infractor se llevaba la visita del melongo de papá, conocido por su capacidad de no discriminar la parte del cuerpo en el que caer. Lo mismo se te atrofiaba un ojo que los dedos de los pies, a veces tomaba cariño a los dedos de mi hermano Fructuoso bañados de niguas. Le decía que tenía los pies feos cada vez que cometía un error, hoy, después de una exitosa carrera de empresario, el hermano que me protegía de las peleas en el pueblo nunca lleva zapatos descubiertos, dice que le avergüenzan  los dedos de sus pies.

Papá me mandó coger leña del fogón, introducirla en el agua para apagar el fuego y golpear a mi hermana en la cabeza. Ordenó que había llegado la hora de iniciarme en el rito familiar de golpear con orgullo, gracias a mi condición de fang, a quien se portaba mal en la familia. Observé a mi hermana, ella se fijaba en la leña que todavía no había apagado, papá me convenció de que disfrutaría de la escena y que mi hermana en su vida volvería a romper un plato. Temblaba. Mis hermanas y hermanos menores lloraban, quienes tenían más edad estaban acostumbrados y los golpes, tanto recibidos que entregados, ya daban igual, al final no podía suceder nada mejor, no esperábamos algo diferente, el Estado nos había entregado a papá irreversiblemente.

La sensación de golpear a la persona que me había cargado todos los días, a mi hermana, me acompaña hasta hoy, en la oscuridad aparece de repente la linterna que destrozó su nariz hoy salpicada de innumerables operaciones   de la civilización blanca. Mi hermana dice que no fue culpa mía, yo no lo creo. Desde aquel golpe que le di en la cabeza y amenazada por el linternazo que me esperaba si no cumplía las órdenes con la intensidad que espera un capitán de un sargento, estoy sola. Nada me llena como persona. ¿Será que no soy fang? Papá decía que la violencia es natural y recomendable en nuestra etnia.

En la familia la soledad es la norma, por lo visto soy la única que vive y habla del placer de torturar abiertamente. ¿No será que me estoy volviendo loca? O soy loca desde los cuatro años. Mis hermanas se lo callan, mis hermanos lloran la tortura, mamá está muerta por justicia tradicional: enloqueció de martirio. Mi hermano mayor también falleció de un ataque, un día su esposa maltrató a su hija mayor, una paliza tremenda la dejó sin respiración eternamente. Soledad. ¿Qué significa ser fang? Papá cuenta la perfecta educación que ofreció a sus hijas e hijos todos los días y está triste; se queja de que no dialogamos con él, no llamamos por teléfono, no escribimos cartas para contarle que tal nos va. ¿De qué vamos a hablar contigo, papá? ¿Empezaremos a hacerlo ahora cuando ya somos mayores? Contigo nunca se dialogaba, papá; contigo nunca se jugaba; contigo sólo se cumplía órdenes, papá. Silencio filial. Tenemos un acuerdo tácito de soledad interna. Una vez mi hermana le reprochó la costumbre violenta. Se justificó diciendo que era fang y se acabó.

¿Se acabó? Yo soy fang, no me gusta la tortura; soy fang, no me gusta la dote ni fanfarronear; soy fang, no me gusta callarme porque hablan las personas mayores; soy fang, ¿quién define mi identidad como fang? Quiero ser libre y seguir siendo fang, quiero cambiar en mi vida las costumbres que me hacen daño y gritar que soy fang. Quiero tener orgasmos, no dejo de ser una mujer fang por eso. No quiero agredir a nadie en nombre de la etnia fang. Me quiero morir como mi hermano, suicidado pero antes, quiero repensar la identidad.

***Muerte, ven conmigo***

Esquizofrénica de la muerte soy. La bailo, la sueño, la siento cerca todos los días. Mis entrepiernas la huelen con asiduidad sobre todo al anochecer, de regreso a casa, mis protectores, a la orden jefe, la traen conmigo igual que espera un vendedor de crédito telefónico a la clientela en las aceras de Malabo. Qué será de mí. Igual si creyese en la mentecatez del cielo y el infierno la enajenación sería digerible. Muerte, ven conmigo. Cánticos, bailes, peleas por mi cadáver, injurias por lo que fui, intrigas por repartirse mi carne entre la primitiva etnia fang,  abandono.

Cuando esté muerta el socialismo bailará, traidora, me acusará por huir de la secta maquiavélica. La derecha, al contrario, machacará como la bambucha mi organismo de animadversión. Las dos sectas, rapaces como todos los generales, apagarán el fuego lentamente y la estrella con rapidez. Todos se caerán por la escalera que les permita alcanzar la estrella y abajo, cuando regresen la mirada hacia atrás, encontrarán un libro sin páginas con dibujos de un pueblo en ayunas de erudición necesitado de que escriban en él. Muerte, ven conmigo.

Me moriré como nací, sola, sin mamá y papá, se escaparon de mi corazón, siguen huyendo. Me moriré como viví, sola. Sola sin amor, sin ideología nacional, la mía está enterrada. Me moriré con un carnet en la mamo que rece, ­¨En la adolescencia hice tonterías ideológicas, hoy, sigo haciendo tonterías¨. En mi seguirá vigente una ideología con raíces, la de una mujer fang necesitada de independencia pero que camina en bragas ciudadanas. Muerte, ven conmigo. Vendrán orquestas cristianas a mi funeral. La idea surgirá de algún exaltado. En mi lápida aparecerá una cruz. Nociva cruz, muy rentable para los injustos, empezando por Jesucristo. Menos mal que no creo en la majadería del cielo y el infierno. Acá, como en la colonia, se sigue creyendo que todo el mundo, en nombre de la madre España atesorada, de cabeza nos vamos a rezar. Muerte, ven conmigo.

Cuando esté muerta, mis amistades llorarán. Las tribus de papá y mamá se insultarán y pelearán.  La patria, en su orgía, seguirá. La sociedad del mito, vigente, continuará. Los penes, todos descontrolados, permanecerán. Los perros en las calles, muertos, descomponiéndose o hambrientos, andarán.  La izquierda y la derecha, solamente preocupados por la silla de oro,  seguirán. Mi gente, apátrida, me extrañará. Muerte, ven conmigo. Te bailo, te sueño, te siento cerca todos los días.

***La tierra enajenada***

Cuentan los libros que a principios de los años ochenta ya se encontraban aquí. No, miento, cuatro siglos y a machetazos. En una mano traían flojas oportunidades. Los artefactos, las municiones, los balazos en la cabeza del díscolo, la asimilación, el mando en tierra enajenada, las humillaciones, se trasladaban en aviones,  trenes y barcos. Todos llegaron de uno en uno y en la plaza de Malabo II, con tazas de café y al lado de menores de edad prostituidas, se sentaron para repartirse la tierra. Así andamos, sin bragas, sin calzoncillos, sin mente, sin identidad.

Como en un juego de ajedrez cada quien tomó el color de la bandera que más brillaba con el consentimiento de la patria. Se llevó la Guardia Civil, el verde, el rojo, el blanco, el azul. La Estatua de la Libertad con su discurso libertador, creído por necios, se adjudicó el azul junto a su amiga, la Dama de Hierro. Napoleón Bonaparte nunca pierde las guerras, ni en el campo de batalla ni en la mesa de negociaciones. Tomó el verde, el blanco, el azul, pero sobre todo el rojo con sus amigos políticos africanos. Así andamos, sin bragas, sin calzoncillos, sin mente, sin identidad.

Luego se posaron los nombres bonitos, la Cooperación Sur-Sur. Le brilla la cara de maquillaje y de ratería, siempre con sus amigos africanos. Chapucería tormentosa. Digna conversión de nuestra patria en una pocilga. Mao Tse Tung gana en el homenaje a los despojos. Brasil, Sudáfrica, Fidel Castro, otros. El discurso de la Cooperación Sur-Sur me ha desengañado y enamorado, el amor duele, hace daño, trae lágrimas,  luego vuelve, consuela, y cuando se va para siempre, entonces se llora de dolor fuerte. El castellano y las lenguas étnicas, nuestra identidad, lo que somos, en los contenedores de la empresa Guinea Limpia. En las petroleras saber inglés acarrea besarle la mano a Barack Obama, el negro que se hizo blanco para África en la Casa Blanca. Con Napoleón Bonaparte se está a salvo. Los chinos, felices, atención especializada, tranquilidad, asunto de estado. Empresas afincadas en Guinea con tablones de anuncios en francés, inglés, chino. Carteles con instrucciones de uso de ascensores en chino. Las calles, pancartas, en francés. La circulación en las carreteras, informada en francés. Discursos en la televisión, en francés, nadie traduce, ya somos franco hablantes, ecuatoguineanos no guineoecuatorianos, y miembros de las organizaciones regionales francesas, asimilación. Así andamos, sin bragas, sin calzoncillos, sin mente, sin identidad.

Guinea Ecuatorial. Ojeas la asimilación como un niño de pueblo observa un avión por primera vez. Se están llevando  lo que tú eres, si es que alguna vez has sido digno. Es en la escuela donde creas una identidad nacional, Gonzalo de Berceo se ha asignado las mentes de tus escolares. Enseña a tu pueblo lo que es, lo que debería ser, lo sagrado que tiene como nación, los motivos por los que darían la vida por su tierra. La identidad étnica, lo único que tenemos, la nacional, endeble. Soy de Guinea ecuatorial, por qué, no lo sé. Las naciones que se han repartido tu tierra a trocitos tienen identidad nacional fortificada. Matan por defenderla, la imponen nada más aterrizar aquí, acá, allá.  Recupera lo que es tuyo, siembra lo que es tuyo, cosecharás lo que es tuyo. Si no lo haces, silencio, tu gente seguirá siendo de su aldea y cuando haya que defenderte, se escapará. Los agentes de seguridad se camuflarán entre civiles. El dinero público se seguirá personalizando. La asimilación de un país pasa por borrar su identidad, la tuya se está borrando, se ha borrado. La tierra enajenada, para siempre, será tu apellido. Así andamos, sin bragas, sin calzoncillos, sin mente, sin identidad.

**Juan Tomás Ávila Laurel**

Bibliography: Juan Tomás Ávila Laurel is a Nurse and Writer, born in 1966 on the Equatoguinean island of Annobón. He is highly and openly critical of the ruling Obiang regime and in 2011, following a hunger strike timed to coincide with the visit of the Spanish President to Equatorial Guinea, he was put under house arrest. Following this, he was exiled to Barcelona. One of his novels, *Arde el monte de noche*, was translated and published by a British publisher in 2014, and was featured in the 2014 Financial Times Top Seven Translated Books of the Year, the Bookbag’s Top Ten Literary Fiction Books of 2014, Foyles Bookshop Best Fiction of 2014 and the 2015 International Foreign Fiction Prize shortlist.

**Short story: *Mares de ollas.* Part of the short story series *Relatos crudos.***

**Published online, 2006, at** [**http://www.guineanos.org/cuentos\_mares\_9.htm**](http://www.guineanos.org/cuentos_mares_9.htm) **[accessed 31 December 2016].**

Decreto-Ley número 259, de fecha 23 de diciembre por el que se anula en todos los confines de esta república productiva la celebración de la natividad de Nuestro Señor Jesucristo y todos los festejos anejos.

EXPOSICIÓN DE MOTIVOS:

(Señores, seamos serios y digamos la verdad: ¿qué motivos puede argüir cualquiera, por más mandamás que sea, para anular una fiesta de raigambre universal, una fiesta en la que está envuelta tanta gente y en la que se ha gastado tantos recursos?)

El descoyuntamiento de la realidad económica, la congestión de las promesas monetarias y el marcado cariz recesionista de la coyuntura dineraria internacional; vistos los informes del Rotary Club Internacional, del Banco Mundial, de todas las oenegés y de nuestros propios bancos. Oído el dictamen favorable desfavorable de nuestros expertos, y a propuesta de los ministerios más serios, sobre todo los de Economía, Sanidad e Interior, este Gobierno de la República viene a anular la celebración, hasta nueva orden, de la arriba mencionada fiesta y los festejos anejos, aconsejando a los afectados que actuaran en esas fechas con toda normalidad, como si estuviésemos en un seis de marzo, por ejemplo.

DISPOSICIONES TRANSISTORIAS:

Se faculta a la Gendarmería Nacional, a la Policía, a los elementos de la Seguridad, a los agentes de orden público, a los agentes de tráfico rodado, a la Iglesia Católica y a todas las Iglesias que practican la libre interpretación de la Biblia tomar cuantas disposiciones sean necesarias para el exacto cumplimiento de este decreto. De manera especial se faculta a los ministerios de Educación y al de Justicia, y al Parlamento Multicolor dictar normas para la correcta interpretación de este decreto.

Igualmente se obliga a los comercios que vendieron sus géneros para la celebración de las fiestas sujetas a esta anulación que reintegren en el más breve tiempo posible las cantidades desembolsadas por los ciudadanos, previa devolución de los géneros adquiridos. Para este último párrafo, se encarece la colaboración de los excelentísimos e ilustrísimos ayuntamientos de todas las ciudades y villas de todo el ámbito nacional. Se participa igualmente a las personas que acometieron arreglos personales especiales, como cortes de pelo, trenzados, peinados, etc., la obligación que tienen de restituir su imagen al estado anterior al arreglo.

DISPOSICIONES DEROGATORIAS:

Quedan derogadas cuantas disposiciones de igual o inferior rango se opongan total o parcialmente a este decreto. Igualmente las de superior rango.

DISPOSICIÓN FINAL:

El presente Decreto-Ley entra en vigor a partir de su publicación por los medios informativos nacionales e internacionales.

Dado en Malabo, a Veintiséis días del mes de diciembre de 2004.

Por Una Guinea Mejor

El que firma aquí las cosas.

Leído el decreto por las radios y las televisiones de toda la república, y habiendo llegado a la población, lo que siguió en todas las casas, en todos los bares, en las tiendas y peluquerías fue un hervidero de comentarios, de gritos y de insultos.

-¡Wouw! –decían algunos- ¿Has oído eso? ¡Increíble!, ¡Verdaderamente increíble!!

-Pero, ¿no era la navidad un asunto religioso, como decir un asunto de Dios? ¿Quién es el que firma las cosas para abortar una fiesta, para oponerse al calendario gregoriano?

-¿Lo que te interesa es el asunto de Gregorio? ¿Tú sabes cuántos millones se han gastado en estas navidades?

-Señora, ya no va a haber navidad, así que olvídate de las fiestas y vete a devolver lo que has comprado. Mira, allí viene un grupo de policías.

-¡Señora! –gritaron valientes-.¿Has oído el decreto? Tienes que ir a devolver lo que has comprado para la navidad. El gobierno ha dicho que ningún comercio se cierra hasta que se devuelva todo lo comprado. Y tú, ¿no eres la dueña de esa peluquería?

-Sí.

-Pues debes saber que técnicamente eres de la brigada de desarreglos. ¿Has ido al Parlamento o al Ministerio de Educación?

-¿Para qué? –inquirió la señora.

-Para que te interpreten las normas. Tú sabes que el decreto está escrito en un español alto. En el ministerio, en el Parlamento y en los juzgados se interpreta este decreto.

-¿En los juzgados?-inquirió con gesto grotesco-. ¿No dijeron que era en el Ministerio de Justicia?

-¡Conque lo sabías! Yo creo que nos quieres embarullar. Ya veremos qué cara pones a la hora de desarreglar a las señoritas. Nosotros todavía no queremos poner ninguna multa. Somos técnicos de la brigada de desarreglos, pero nos acaban de comunicar unos compañeros nuestros que hay mucho trabajo en M&B. Allá vamos a ayudar.

-Si, vais donde oléis a dinero-

-¿Qué dices? –se encaró uno de los policías, que exigió una repetición-.

-Yo digo que podría quedarse uno acá, para ayudarme.

-¡Ahaaaa! No te preocupes. Viene otra brigada ahora. Además, están los reclutas, que se encargan de casos fáciles. ¿Tú sabes cuánto trabajo hay en los grandes supermercados? Nos ocupamos de cosas más difíciles.

-Yo cierro esto un rato, voy al supermercado a devolver unos pollos que compré y vuelvo al puesto. Si luego no encuentro a nadie que me ayude, haré lo que pueda.

En las cabeceras de provincias y distritos, el trabajo de la divulgación fue encomendado a los pregoneros:

-¡Priiiip! –uso generoso del silbato-, por orden de la presidencia de la república, las festividades de navidad y año nuevo quedan suspendidas. A este efecto, se obliga a los que hayan gastado sus dineros que los recuperen tras la devolución de los objetos. ¡Priiiiip!, señoras y señores, las comidas, la ropa, los zapatos, los collares y brazaletes, todo corte de pelo y pintado de uñas y labios que hayan hecho para pasar las navidades próximas deben ser devueltas y recuperar lo gastado para adquirirlas. Sabemos que muchas hermanitas e hijas nuestras suelen conseguir estas cosas de los comerciantes extranjeros que tienen abacerías actuando a su manera. Como no es fácil resolver este asunto, habrá una comisión que traduzca este trabajo en dinero para que ellas no salgan con las manos vacías. ¡Priiiip!, ¡señoras y señores, el jefe ya ha hablado!

En la calle todo estaba que hervía. Con una república desnativizada por decreto, todos se revolvían para recuperar la normalidad con menor gasto posible para sus bolsillos.

Tras exclamaciones miles, insultos bastantes, otras exclamaciones, lamentaciones y lecturas rápidas de libros extraños para buscar la justificación a tamaña herejía, las cosas empezaron a encaminarse para la brigada de desarreglos cuando un camión de reclutas jóvenes y rapados, y armados con razor blades made in China caducados se instaló enfrente del edificio de INSESO, que prestaba gentilmente su imagen a la causa, pues es un edificio de paredes francamente contingentes. Al principio dudaron un poco, pues no se habían afianzado en la técnica. Empezaron enviando a un grupo a las casas para traer, a las buenas o a las malas, a las muchachas trenzadas con pelos artificiales. Trajeron un montón de ellas y empezaron, en medio de la calle y previo bloqueo de la circulación vial, a descomponer las trenzas de las trémulas muchachas. Temblaban de miedo y de vergüenza, porque una cosa es descomponer una trenza porque ya es vieja y se ha disfrutado de ella, ayudada, además, por una hermana o una amiga, o a veces, por un amigo que no tiene nada que hacer y quiere excusa para estar cerca de los pechos inflamados de la amiga, y otra es ser desplumada por jóvenes reclutas imberbes que no tienen ningún cuidado con los sentimientos y dolores de jóvenes quinceañeras. Pero lo peor, lo inaguantable, lo vergonzoso para las damitas era quedar a cero pelos en medio del público, cosa que desde que habían nacido no había ocurrido. Derramaban ríos de lágrimas, pero sabían que no se podían salvar del preceptivo rapado.

Los reclutas, dijimos, empezaron titubeando ante la alta misión encomendada a ellos. Pero tuvieron un golpe de suerte. Ocurrió que como la calle de la Independencia estaba cortada, un camión con remolque, de esos remolques impresionantes que vemos cruzar por las calles más guapas de Malabo, quiso bajar al puerto para descargar unos tubos que usa una empresa multinacional norteamericana para asuntos de explotación de petróleo. Los reclutas de la brigada de desarreglos sacaron sus pitos y apuntaron con sus armas. En una palabra, demostraron su hombría. Es cierto que en ese grupo había mujeres, pero ellas estaban en la primera línea del destrenzado, es decir, en otra línea de batalla. En la cabina del camión había dos personas de raza blanca, una de ellas al volante. Esas personas obedecieron la orden como si lo hubieran hecho siempre en un país que desnativiza como si tal cosa. Se pararon en medio de la carretera y uno de ellos bajó y sacó una caja de la cabina. Una caja mediana. Con gestos amistosos quiso decir al jefe de los reclutas que venía en son de paz, y como colaborador, pues les venía a regalar una máquina que facilitaría su trabajo. Abrió la caja y desenfundó algo que tenía cierta semejanza con una motosierra. De la caja sacó también un objeto con cinturón que se podía sujetar al cuerpo. Enchufó la motosierra al objeto y apretó un botón. Se oyó el sonar del extraño aparato y todo el mundo comprendió que se trataba de un cortatrenzas y que él lo pensaba regalar a la comisión de desarreglos a cambio del libre tránsito por la calle cortada. Animado por la gratitud futura de la brigada y del Gobierno, se acercó a una muchacha e hizo una demostración pública del manejo y de las prestaciones del aparato, pues en pocos minutos dejó libre de pelambres a la muchacha que le tocó en suerte, quien no cabía en sí de vergüenza y de pena, mostradas por la abundante lágrima que derramaba. Y derramaba tanta lágrima porque su caso atrajo más la atención de los presentes, pues todos querían ver funcionar la máquina que manejaba el experto empleado de la petrolera norteamericana.

Hecha la primera demostración, el empleado sonrió, se acercó a un recluta y le ciñó lo que sería la batería del cortatrenzas. Luego le entregó el propio aparato y, con un gesto y una sonrisa, le hizo un gesto con la mano para que probara. Antes de hacerlo, se aparcó al lado del camión un Nissan Patrol, del cual bajó un hombre encorbatado. Este rodeó con un brazo al recluta pertrechado con el cortatrenzas y con otro a la muchacha que acababa de ser destrenzada. Inmediatamente un compañero suyo bajó del camión e inmortalizó la escena con un flash que captó la sonrisa de su oportuno jefe y las lágrimas de la muchacha. Hecho esto, éste estrechó las manos al jefe de la brigada, estampó un beso sobre las lágrimas de la llorosa muchacha y se metió en el coche.

Luego de esto, el jefe de la brigada de desarreglos capilares emitió un fuerte pitido y permitió que saliera el camión con su imponente remolque.

Lo que siguió a esto es la fiesta del recién formado miembro de la brigada con el cortatrenzas. Al principio las muchachas víctimas del decreto-ley desnativizador dudaban de las habilidades del joven recluta, pues cuando éste se acercaba con el aparato, emitían un enorme chillido, como si el mundo entero fuera a caer sobre sus cabezas. Y lo que más les preocupaba eran sus orejas, pues, sin dejar de emitir sus horrendos chillidos, las tapaban con ambas manos. Pero luego el recluta cogió confianza y las sucesivas muchachas se serenaron cuando vieron que la máquina no podía cercenar sus pabellones auditivos, pues era de buena factura. Pero esta confianza no hizo disminuir las lágrimas de las víctimas de un decreto sin precedentes. Venían en fila, empujadas levemente por los miembros de la brigada. Luego, una por una, pasaban por la máquina y, con la desconfianza en el corazón, se sometían a los saberes del joven.

Venían, se paraban a cierta distancia, y cuando les tocaba el turno, se iban para ser peladas. Pasaron varias mujeres, niñas de buen ver, señoritas inmejorables, pero también algunas feas, con nalgas demasiado prominentes. Eso sí, todas llevaban el rasta de pelos prefabricados o cortados de difuntas.

Al principio la máquina cortatrenzas era silenciosa, pero a medida que pasaba el tiempo, el engrase con que vendría del almacén de la petrolera se resentiría y empezó a emitir un ruido cuya molestia era creciente:

Un joven recluta que levantaba con las dos manos la máquina ¡vrouum!, mientras que la siguiente muchacha era empujada con más o menos disimulo. Ella daba los primeros pasos con las orejas tapadas y derramando las primeras lágrimas. ¡Vroouuum!, ¡Vroouuum! y en pocos minutos dejaba libres de trenzas a otra muchacha más.

Desde el edificio del Parlamento, que acogía precisamente a una comisión de este organismo para debatir cuestiones relacionadas con el decreto-ley, los diputados veían desde los balcones el trabajo de la pomposa Comisión de Desarreglos. Y ocurrió que como algunas muchachas tenían entre sus largas trenzas los nidos de bichos conocidos y por conocer, como piojos o grompecos, bichos todavía desconocidos por muchos sucios, el cortatrenzas también se llevó por delante a muchos piojos, que perdían sus cabezas. Con el tiempo la sangre de los piojos empezó a correr por la máquina y, junto con el ruido infernal que cada vez adquiría, hicieron que los diputados que miraban desde los balcones del Parlamento empezaran a sentir malestar. Los honorables diputados empezaron a hacer gestos de asco, a escupir con mucha frecuencia y a tapar la boca porque la náusea se hacía mayor.

¡Vroouum!, el sonar del cortatrenzas, ¡crackcrackcrack!, el corte de las cabezas de los piojos de las chicas sucias, ¡gueeck!, la náusea de los honorables diputados. Pero la razón del malestar de los diputados era que como alguna de las chicas que desfilaban como víctimas era de buen ver y mejor pensar, y aunque algunas todavía no hacían el bachiller tenían ciertas relaciones con los diputados presentes, y el hecho de ver a sus íntimas amigas perdiendo los atributos por los que se vieron atraídos, caían presos de sentimientos contradictorios: vergüenza, impotencia, etcétera. Y el asco podía venir del hecho de que la sangre podía ser de los piojos que alguna vez habían estado en sus cabellos, cuando, en los reservados de los bares del barrio Camaremi, se arriman bastante a las citadas chicas para enseñarles las prestaciones de sus portátiles. Pero no tenían nada que hacer para parar la acción del recluta. Además, oficialmente la debían apoyar. Por eso, los que no podían aguantar más bajaban del edificio con cara de asco, se metían en su coche y se iban raudos, a un bar. Otros se metían en el edificio y al menos atenuaban sus sentimientos negativos. Otros salían directamente a los balcones a vomitar, como sólo lo saben hacer los mejores diputados.

En la calle y alrededor de la calle de la Independencia se siguió juntando la gente, pero todos parecían presos de sentimientos que no podían controlar: miraban a las muchachas, miraban al edificio del Parlamento, miraban al cielo, se tocaban la cabeza. Llegaban hombres y mujeres de todas las edades, se ponían a rascar la cabeza. Rascaban la nalga. Llegaban los funcionarios, llegaban las funcionarias que no se habían arreglado para las navidades. Llegaban los militares que no formaban parte de ninguna comisión, llegaban los rasos, los sargentos y también llegaban los oficiales que usan sable, pero tan nerviosos llegaban que inmediatamente se ponían a afilar sus sables, sólo por hacer algo. Los que la traían, sacaban la lima de su pantalón y, agachándose, se embarcaban, nerviosos y mordiéndose los labios, en la tarea de sacar filo a sus sables. Los oficiales que no traían consigo limas desenvainaban sus sables y los restregaban en el suelo, como lo saben hacer nuestras abuelas cuando, en una piedra, devuelven el filo a sus cuchillos de cocina. Mientras todo esto ocurría, se oyó un murmullo general y fue que los reclutas encargados de conducir a los trenzados ante la máquina donada por la petrolera habían apresado a un robusto mocetón ¡que estaba trenzado como las chicas! Él fue empujado sin disimulo y cuanto estuvo a punto de sufrir el rigor del cortatrenzas explicó que sus aderezos capilares no se debían a ninguna preparación prenavideña sino que era futbolista y se trenzaba así como ya es costumbre entre algunos elementos del deporte balompédico. El jefe de la brigada de desarreglos capilares le mandó cerrar la boca preguntándole si había alguna relación entre los pies que debían golpear al balón y los rizos afeminados de su cabeza. Iba a abrir las manos para explicar algo, pero el ¡vrouum! de la máquina le cerró la boca. Cuando la pudo abrir, ya estaba libre de molestas trenzas y tuvo suerte de no manchar el aparato con más sangre. Cuando lo vieron, los curiosos que estaban entendieron que era un futbolista que no haría mucho con el balón, pero que estaba libre de molestos bichos y le dedicaron una atronadora ovación. Envalentonado por este hecho, pasó la mano por la limpia cabeza y miró al cielo. Después de este breve recuerdo al Sumo Hacedor, puso los pies en la tierra y decidió subir los escalones del edificio del Parlamento, pues libre de pelos, había crecido en su cabeza una idea. Una muchacha que todavía no se había resignado al rapado y todavía sentía mucha vergüenza en volver a casa también se sintió animada y le siguió escaleras arriba y ambos llegaron ante una puerta. Tocaron una sola vez, y una voz desganada les hizo pasar:

-¡Adelante!

-Buenos días –dijeron intentando rascarse la cabeza, que estaba como ya sabemos.

-¿Qué queréis? –en la estancia unas quince personas estaban sentadas alrededor de una mesa.

-Queremos ver a los miembros de...

¿También has venido a...?-preguntó el futbolista a la chica.

-Somos de la Comisión Técnica de Interpretación del decreto-ley número 259. ¿Qué desea?

-¡Ejem!, queríamos saber, bueno, yo he venido a hacer una reclamación, pues siempre he tenido mis trenzas, por lo que tengo fotos de antes de la navidad.

-¡Kie! –dijo un diputado. ¿Tú en qué trabajas?

-Soy futbolista, mi excelencia.

-En qué equipo jugabas.

-En Levis de Ela Nguema.

-¿Levis es equipo? –preguntó haciendo cierta mueca con sus labios-. ¿Cuántos goles has marcado en esta temporada?

-La temporada no ha terminado, excelencia.

-Lo sé. Cuántos.

-Uno.

-¿Ves? Ese gol que marcaste en puro fuera de juego.

-Excelencia...

-Mira, señor, déjanos trabajar en paz. Y la chica, ¿qué quiere?

-He venido a rogarles que me expliquen eso del decreto. Este decreto, obliga a quitarse las trenzas, pero no obliga a raparnos el pelo

-¡Kie! Entonces, qué sugieres.

-Que deberían desenredarnos las trenzas, pero no dejarnos así.

-¡Kieee! –gritaron todos los honorables-. ¿Tú sabes cuánto gastaría el Estado desenredado una por una tus trenzas? Guapita. Tú sabes más que los miembros de esta comisión, casi más que el jefe.

-No es lo que he dicho.

-¡Policía! Si hay un policía en los pasillos, explicarle vuestros problemas.

-¡A la orden! –entra el aludido uniformado.

-Esos dos intrusos han venido a perturbar la paz. Tómales los datos completos y condúceles a los barracones.

-¡A la orden!

El policía ya se frotaba las manos por el negocio que se avecinaba, y mientras guiaba a los encausados a un rincón, la multitud de curiosos de abajo rompió en franco griterío, lo que atrajo la atención de los de arriba. Los honorables parlamentarios se asomaron al balcón, cosa que hicieron igualmente el policía y los dos chicos rapados. Lo que se pudo ver desde arriba era que se había desatado una furiosa pelea entre un grupo de chicas rapadas y otro de ellas que tuvo la suerte de que el decreto les encontrara con sus pelos naturales. Se golpeaban con furia vil, e incluso algunas de las rapadas seguían derramando lágrimas, hecho que a la primera no se podía saber si era debido al hecho de quedarse rapadas, que era motivo suficiente, o a los furiosos golpes de las chicas con pelo. Y mirando mejor, se veía que los dos grupos disputaban una cosa, pues los contendientes llevaban asido algo que no pensaban soltar. ¿Qué era lo que disputaban ahora las señoritas? Mirando y viendo los golpes, se logró ver que lo que causaba la pelea eran las trenzas que habían sido cortadas de raíz por la eficaz y ruidosa máquina. Se miraba, se gritaba y se disfrutaba de los certeros golpes de uno y otro bando, que luchaban sin soltar la causa de la pelea. Más tarde, muchos minutos más tarde fue cuando algunos pudieron sacar en claro las razones de esta furiosa pelea, cuyo campo de batalla estaba repartido por todos los comercios de todas las villas y ciudades de la república.

Y era que como el decreto redundaba decretando el reintegro de las cantidades pagadas previa la devolución de los artículos adquiridos, algunas chicas que algunos vieron con trazas de ser extranjeras olieron rápidamente el negocio y mientras sus congéneres hacían de tripas corazón gimiendo bajo la siniestra máquina rapadora, ellas, entre las cuales había componentes de la misma Brigada de Desarreglos Capilares, se agachaban y hacían su agosto acopiando los pelos cercenados, sin separación ni discriminar los manchados de sangre de piojos de los de muchachas libres de los vergonzosos parásitos. Pero como el aliento al negocio fue después común, es decir, como los dos grupos de chicas vieron que se podía hacer negocio con los pelos caídos, se agarraron como lapas, como se suele decir, y agilizaron las manos para propinar golpes furiosos. Aquí parecía que llevaban más razón las dueñas de los pelos, pues en el asunto aportaron su infamia y la vergüenza de verse rapadas en público.

La pelea se hizo casi general y hombres, mujeres mayores, niños, tomaron parte en ella. Se hizo imparable. Cuando el policía que custodiaba el edificio del Parlamento vio la monumental trifulca, pidió a los dos rapados que le esperaran arriba y bajó rápido apuntando con el arma, por si acaso. Quiso abrirse paso entre la gente pero nadie le miró. Quiso enseñar su arma, pero nadie le prestó atención. Cuando hizo ademán de cargarlo y hacer un disparo al aire, un impetuoso movimiento de las masas beligerantes le sacudió y acabó pisado por decenas, quizá centenas o, quién sabe, miles de contendientes. Y cuando hubo un receso en la pelea, pudo levantarse cojeando y recuperó su arma, también multipisada, pero intacta por ser de metales y maderas duros. Como descargo por la afrenta recibida, agarró a un muchacho que se acercó para ayudarlo y lo acusó de su maltrecha situación. Intercambiaron palabras inculpatorias y exculpatorias y en un nuevo ímpetu de la masiva pelea se separaron para no verse más. Los chicos retenidos en el edificio, cuando se enteraron del motivo de la trifulca, bajaron del mismo y tomaron el camino del supermercado de M&B, donde tenía lugar una pelea no menos interesante.

Los que conseguían recoger una cantidad suficiente de pelos se acercaban al mercado y allí empezaba una pelea distinta. Desde el decreto, los jóvenes nigerianos y benineses que venden pelos sintéticos estaban obligados a tener abiertos sus negocios.

-Oga, este pelo lo compré aquí y quiero que me devuelves el dinero.

-¿Yu?, bot yu guet jía. Cómo yo voy a dar dinero si tiene pelo.

-Es de mi hermana, no puede venir, está enferma.

-Si no viene hermana, no doy dinero.

-A de go col polis.

-Go col eni man, a no de fía.

-Hermano, he venido a devolver estos zapatos. Los compré aquí.

-A ver. Bueno, sí.

-Quiero que me devuelvas el dinero.

-Yo me acuerdo de ti, ¿cuántos has pagado por estos zapatos?

-Yo ya no me acuerdo.

-¿Dónde vives?

-En Bisinga

-¿Ya no te acuerdas? -preguntó el nigeriano-.

-No... –se rasca ella la carne que hay debajo de la cintura, discretamente-. Sí, pero quiero el dinero.

-Qué dinero. Mirad, hermanos –eso lo dice en lengua nigeriana-, esa chica me dijo que quería estos zapatos, pero que no tenía dinero. Yo tuve piedad de ella y le hice una rebaja, y ahora quiere que le devuelva el dinero.

-Cuánto fue la rebaja.

-Bueno, no me pagó nada.

-¿Les hiciste una rebaja o los dos bajasteis los pantalones, que no es lo mismo?

-Ja, ja, ja ,ja –se ríe uno.

-Ja, ja, ja, ja –se ríe otro.

-Ja, ja, ja, ja –el otro también se ríe.

-Habla bien, que papá Ochuku está aquí –empieza a reconocer la verdad el implicado-.

-En realidad le deberías dar algo de dinero, aunque nadie sabe si conocen sus propias leyes. Y no te olvides de usar condón. Nigeria está muy lejos.

-Este Obudu no soltará ningún franco. Apostaría mi cabeza.

-Tú cállate, que me debes todavía. OK, hermana –se vuelve hacia ella-, ¿cuánto pagaste por los zapatos?

-¡Tú lo sabes! ¿No te acuerdas de cuando fuimos en casa de tu hermano?

-Sí, pero eso ya pasó, qué quieres, ¿que me lave para borrar lo que hicimos? Ya me he lavado. Con mucho jabón. Y con lejía.

-A de go col polis.

-No, sista, coge esto. Pero otro día tú compra.

La chica recibe una pequeña cantidad y se queda satisfecha. Se va.

Esta historia y esta:

-Hermano, este pelo lo compré aquí y quiero devolverlo.

-Enseña –y coge el montón de pelo-. ¿Así lo has comprado?

-Sí. ¡Quiero mi dinero!

-¡Oh!, esta chica ya quiere problemas. No sé dónde ha ido a recoger este pelo lleno de sangre y que huele tan mal y ahora dice que lo ha comprado aquí. ¿Así dice vuestra ley?

-Ahora ya estás hablando política. Cuando vaya a la policía, no digas que los guineanos somos malos.

-Pero si yo te hubiera vendido este pelo, ¿te lo di así, con sangre y mal olor?

-¡Yo no quiero oír nada!, quiero mi dinero.

-Ok, trae el pelo. ¿Ves? Yo no vendo pelo de este color, solo vendo los amarrillos. Am sorry. Go eni wea, sista.

Mientras eso ocurría en el mercado central de Malabo, en M&B la cosa era similar, pero más moderna. La gente venía a pie o bajaba de sus coches; o en taxis. Venía con plásticos reconocibles o con palanganas u ollas caseras, algunos portaban comida ya guisada y otros, media comida, pues el guiso estaba a medio servir. Los que traían la factura pasaban por la caja y depositaban los productos que habían adquirido hacía unos días.

-Esta es media botella de coñac, aquí medio pollo y aquí media botella de mayonesa. Aquí hay latas vacías de cervezas y de aceitunas.

-Bien, deja todo esto aquí, grrrrrr –el ruido de la caja- coge este dinero y pasa al fondo de la sala, donde está el policía.

-¿Allí, para qué?

-Para terminar de pagar. El siguiente, por favor.

El supermercado era un hervidero de gente, de olores, de ideas, de pensamientos.

-He traído esta olla de lentejas y un pollo que compré hace tres días.

-¿Lentejas con pollo? –inquirió el cajero indio, enarcando las cejas-.

-Sí, pero como se quemó mi nevera, la comida se estropeó. Bueno, eran lentejas con pollo y cacahuetes.

-Señora, eso está podrido, ¿cómo puedes pretender cobrar por ello?

-Lo compré aquí.

-Sí, pero la razón por la que no la volverá a comer no es por el decreto, sino porque estaba podrido.

-¡Quién te ha dicho que no lo iba a comer!, ¡Quiero mi dinero!

-Bueno, no hace falta que grites. Pasa al fondo, donde está el policía. Lleva la olla. ¿Tienes el ticket?

-No.

-Bueno, vete con el policía. El siguiente, por favor.

-He traído media mortadela, unas croquetas, media botella de güisqui, una olla congelada de pollo con guisantes. Aquí está el ticket.

-Pero aquí pone más cosas.

-Sí, pero no eran para la navidad, sino para la presentación de un sobrino mío.

-Señora, no queremos problemas. Hay una comisión que está vigilando...

-Mira, yo soy la señora del secretario de la comisión de quejas; te voy a poner con él. Aló, papá... Me dicen en M&B que no pueden atenderme. Te lo paso -y extiende el brazo para ofrecerle el teléfono al cajero indio.

-Mira señora, no decimos que no te vamos a atender, pero debemos cumplir la norma. Aaay. ¿Tienes el ticket?

-Si hace cinco días que compramos, ¿cómo quieres que tenga el ticket?

-Bueno, veremos: mortadela, croquetas, güisqui, pollo, guisantes. Toma. Luego pasas a la sala del fondo, donde está el policía. El siguiente, por favor.

-Hola, mira, somos monjas de la Inmaculada Concepción y traemos unas latas de fabes que compramos hace tres días y unos chorizos. Los vinitos están a medias.

-¿Trae la hermana el ticket?

-Sí, aquí está.

-Bien, son seis mil quinientos. Hasta luego.

-¿También tenemos que ir a la otra sala?

-No, no, no.

-Hasta luego.

-¡El siguiente!

-Mira, tengo mi carro lleno. Chocolate, cervezas, fanta, coñac. También tengo medios pollos asados.

-¿El ticket, por favor?

- Se mojó en un pantalón cuando fui al río a lavar.

-¿Usted o su señora?

-Yo mismo, mi señora ha ido a España a dar a luz y no doy mi ropa a ninguna bandida, pues lo haces y luego se quieren quedar en casa, para ocupar el lugar de la señora.

Mientras todo eso sucedía en los supermercados, la mayoría de las vendedoras de productos alimentarios se había marchado del mercado, es decir, a pesar del celo de la comisión correspondiente, no consiguieron que volvieran a ocupar sus sitios. Y es que tenían muchas dificultades para devolver el dinero a mujeres que se presentaban con medias ollas de pringosa sopa maloliente y trozos de malanga no menos caducada. Y cuando pensaban en cobrar por lo que no era recuperable y mandaban a los demandantes a pagarlo en la zona trasera, donde hay un pequeño barranco y muchísimos montones de basura, tenían profundos remordimientos de consciencia y desistían de su intención. Mira que pretender cobrar por medios picantes ya consumidos o por cuartos de kilos de cacahuetes ya lamidos. Además, en esta zona no expenden billetes por la compra, por lo que nadie tenía billetes que mostrar para reclamar su dinero. Había que contar con la buena fe de las vendedoras, que no era mucha. La mayoría de ellas decía que hacía tres días que no venía, por fiebres calcinantes.

En la sala oscura de M&B ocurría algo que nadie se atrevía a contar. Nos referimos a la puerta que custodiaba un policía. Los que entraban porque tenían que cobrar por artículos que ya habían consumido, salían del supermercado por una puerta trasera y cuando abordaban la calle lo hacían con la cara descompuesta y con pocas ganas de hablar de lo que les había llevado allí. Salían como dolorosos y con prisas, y vagamente daban alguna información a los que acababan de llegar. Se diría que querían ir lejos, para olvidar una experiencia dolorosa. E incluso señalaban el edificio, pero miraban a otra parte, con cara de sufrimiento. ¿Qué había pasado para que personas que habían entrado con aire jovial, y hasta sonrientes, salieran tan descompuestas?

En Bata, la ciudad más importante del continente, la situación fue similar a la de Malabo. Pero allí se vivieron situaciones tensas, pues allí existen muchos negocios familiares, casi personales, y a la hora de dar cumplimiento al decreto los implicados lo tomaban como una cosa personal:

-Llevo tres horas buscándote con este pescado que me vendiste ayer. Como no había luz, no lo pude traer en mi nevera portátil y mira cómo está.

-Yo también he tenido muchos problemas. Desde la mañana estoy detrás de un chico que cortó el pelo a mi hijito, y no consigo que restituya el pelo del niño.

-Pero no seas animal, ¿cómo querrás que le restituya el pelo? Yo creo que ya actuamos de manera arbitraria.

-Mira, yo sé que algunos tenéis la lengua muy suelta, pero el decreto es claro.

-Hombre, muy claro... He estado en la delegación del Ministerio de Justicia y el que había me dijo que el decreto que llegó de Malabo está con el general. Nadie sabe nada. Pero no me quiero embarullar, devuélveme el dinero del pescado.

-Te vendí un pescado fresco, señor, y no hace falta decirte que un pescado fresco no vale lo mismo que uno caducado. Incluso, no vendemos pescados caducados.

-¿Y...?

-Que aunque el decreto no lo diga, técnicamente lo que me traes no es lo que te vendí.

-No me digas que no me vas a pagar...

-No te digo que no te voy a pagar, sólo te digo que no me has devuelto lo que te di. Y si en este país se vende pescado podrido, entonces te daré tu dinero.

-El chicharro congelado...

-Pescado congelado, mira, yo no te quiero engañar, no estoy preparado para discutir y si quieres, vete a la casa del general y entérate. Mierda de país.

-Sois los que criticáis al Gobierno, los enemigos de...

-¡Fuera! Viviríamos muchos mejor si no fuésemos criticados.

Y así las tensiones se paseaban por todos los rincones de la capital del Litoral. Ahí en la Plaza del Reloj se vivió una pelea porque como no funcionaba la Comisión de Desarreglos, las señoritas se presentaban ante las trenzadoras y exigían la devolución de su dinero. Éstas decían que no habían firmado ningún documento que asegurara que lo que trenzaban era para la navidad. Como no se ponían de acuerdo, se juntaron en el citado lugar para ser oídas por el Gobernador Provincial, pero como éste demorara, los ánimos se caldearon y el asunto llegó a las manos. Hasta que se vivió la pelea, ningún habitante de Bata podía sospechar que había tantas señoritas involucradas en el trenzado de estos pelos, entre usuarios y artistas, si las que los trenzan pueden recibir este nombre.

Como ocurrió en Malabo, había una cosa que ningún cliente quiso comentar, y fue la experiencia que vivieron en los supermercados de M&B. Y como en Bata esta cadena tiene sus súper en la costa, los que salían por la puerta trasera, hombres y mujeres de edades variadas, se iban a la playa y adoptaban actitudes más variadas: algunos se tendían en la arena y abrían pies y manos, sin ningún recato sin son mujeres, siempre celosas de su intimidad. Luego se quedaban mirando al cielo y bostezando. Otros se despojaban de sus ropas y se metían en el agua. Entre ellos había atrevidos que se metían mar adentro, con brazadas firmes. Si habían ido con alguien, éste empezaba a preocuparse por lo que le podía ocurrir y lo llamaba en voz alta.

Por eso, en la costa se oían muchos nombres pronunciados por personas con caras de desesperación: ¡Machoo!, ¡Chuchiii!, ¡tío Eulogio!, ¡Majaa!, ¡tío Brayaan! Como muchos habían entrado en el supermercado de M&B con sus ollas, si estaban acompañados de familiares de menor edad éstos se embarcaban en la tarea de sacarle el brillo a estos apreciados utensilios de cocina. Así, mientras unos se alejaban peligrosamente de la costa, para la desesperación de sus deudos, otros se preocupan por dejar relucientes sus ollas, utilizando la fina arena de la playa. Toda la costa era actividad, bullicio, preocupación. Y como la mayoría de los habitantes de Bata había comprado algo de algunos de los supermercados de M&B, muchos habían pasado por la sala del fondo de esos centros comerciales, puerta custodiada por un militar, y en la costa el número de personas aumentaba por minutos.

Aunque el decreto desnativizador había sido hecho público por radio y televisión, y había sido la comidilla de los mentideros de la ciudad, además del revuelo que se armó en todos los comercios por la devolución de los artículos comprados para celebrar las fiestas anuladas, el arzobispo de Bata no se había enterado. O, al menos, así lo manifestó cuando ocurrió lo que se cuenta a continuación. Fue que habiéndose asomado al balcón de su palacio, vio un pequeño tumulto formado por mujeres delante de la oficina parroquial. Lo que motivaba sus protestas era la negativa del responsable de la oficina a devolverles el dinero que se les había exigido para bautizar a sus hijos en las próximas fechas, pues ellas pensaban que sería una buena impronta espiritual en la vida de los pequeños el que fueran bautizados en las mismas fechas del nacimiento del Hijo de Dios. Lo imprevisto de la anulación pilló por sorpresa a los responsables de la parroquia, que no podían atender las demandas económicas de las enfurecidas mujeres. Sus protestas llegaron a los balcones y el arzobispo se enteró, a la vez que se enteraba también del insólito decreto y de sus horribles consecuencias en la población. Desde aquella hora creyó que ya no podía vivir ajeno a las tribulaciones de su rebaño y dio instrucciones para preparar una procesión pública que él mismo dirigiría. Sin esperar instrucciones de la Santa Sede, sin comentar la idea con sus colegas de Malabo y Ebibeyín, hizo los preparativos espirituales pertinentes y pocas horas después se vio una impresionante procesión en la que tomaron parte todos los curas de Bata y los de las iglesias de las villas cercanas. Encabezaba la procesión el obispo, con sus ropas y símbolos episcopales, precedido de una corte de sacerdotes y monaguillos, portando cruces, cirios y otros objetos religiosos. El mismo obispo, en el centro de la corte, llevaba el botafumerio encendido, se supone para calmar las maléficas emanaciones que habían causado tanta convulsión en la sociedad. El obispo recitaba en voz alta una oración en latín, y los sacerdotes que la conocían le acompañaban. Detrás de la comitiva clerical venía el grupo de las hermandades católicas de todos los colores, que en Bata y en Malabo están formadas generalmente por mujeres, que adoptan uniformes que van desde tonalidades neutras, como el blanco, hasta las francamente coloristas, como las púrpuras. A medida que la procesión se alejaba de la catedral, se sumaban a ella los habitantes, impresionados por los últimos acontecimientos.

-Es una señal de Dios –decían unos-.

-Es el fin del mundo –creían otros-.

La procesión recorrió las habituales calles de Bata y después, como si estuviera en el guión, se dirigió al popular asentamiento urbano de Mondoasi, pasando por el paseo marítimo. Cuando llegó a la altura de la costa donde fueron a refugiarse los que pasaron por la sala oscura del supermercado de M&B, éstos dejaron lo que estuvieran haciendo y se incorporaron a la santa procesión. Algunos de los que braceaban mar adentro consiguieron escuchar los gritos de sus parientes y volvieron a la arena, frotaron sus ojos y se sumaron a la procesión. Los que lavaban sus ollas se levantaron con ellas y también se sumaron. Pero algunos braceadores no habían sido convencidos por sus parientes. Por eso, mientras la procesión, con el latín del arzobispo, se dirigía hacia el norte, ellos braceaban mar adentro, hacia el oeste, como en una misteriosa competición en la que nadie había escuchado el pitido de salida.

Braceaban, braceaban, braceaban. El obispo iba andando, recitando en latín y moviendo el botafumerio en todas las direcciones. Seguían atrás las mujeres de la cofradía, con sus ropas blancas, fucsias o púrpuras. Detrás seguían los hombres, las mujeres, las niñas, todas las edades. También las personas mojadas que habían estado en el agua, a los que acompañaban parientes con ollas o palanganas.

La procesión llegó al cruce de Mondoasí y se torció hacia arriba y siguió avanzando. Siguió avanzando y uno de esos personajes con poder empezó a preocuparse y llamó a su jefe en Malabo para informarle. El jefe reaccionó inmediatamente y media hora después ya había una comisión en la sala de espera del Aeropuerto Internacional de Malabo dispuesto a viajar a Bata para controlar la situación. Pero esta comisión constató que había mucha gente en el aeropuerto, mucha gente para ser un día en el que no había ningún vuelo a ningún país al que van mucho los guineanos.

-Qué hace tanta gente en el aeropuerto –preguntó el comisionado, mostrando su teléfono, pues inmediatamente iba llamar a alguien, a su jefe, quizá-.

-Van a tomar el vuelo para asistir en Bata a la procesión, excelencia.

-Queda inmediatamente suspendido el vuelo.

-No trabajo en la compañía esa, mi excelencia.

-Llámame al jefe de escala. Aló –inmediatamente llamó por su portátil a alguien-.

Una hora después, mientras seguía avanzado la procesión por la cuesta esta que lleva hacia los barrios que hay al este de Mondoasi, un Nissan Patrol con sus asientos todavía envueltos en plástico atravesó la carretera y cerró el camino a la procesión, a unos siete metros. Del flamante coche bajó el comisionado y unos ayudantes, armados, quienes inmediatamente tomaron posesión a ambos lados del coche, como si esperaran o supieran que el peligro que había que repeler vendría de las casas de la gente que todavía no se había sumado a la procesión. O de carretera arriba. El comisionado, teléfono en mano, se apoyó en la delantera del coche, y con un pie sobre el guardabarros, se dirigió al arzobispo:

-¿Sabe el señor obispo que esta es una manifestación ilegal y que en este país las huelgas están prohibidas?

Quería seguir hablando, mientras sus acompañantes seguían mirando hacia las casas, para abortar cualquier peligro, pero recibió una llamada telefónica:

-Sí, excelencia –respondió a la llamada.

Mientras hablaba el comisionado por teléfono con su excelencia, del gentío de la procesión salió el rumor de que algo se cocía en el interior del barrio cercano, y todos empezaron abandonando las filas para meterse por el barrio. En poco tiempo las filas fueron rotas y hombres y mujeres se concentraron enfrente de una casa, concretamente delante de un aparato de televisión que los dueños de aquella habían dejado fuera. Todos los presentes y los recién llegados querían tomar posición delante del aparato, pues se había difundido la noticia de que una personalidad del país, quizá el mismo presidente, iba a leer un mensaje a la nación en estos momentos especiales. Incluso algunos dijeron que el esperado no era el presidente, sino una personalidad mundial. Hubo algunos que dejaron correr el rumor de que era el mismo Jesucristo quien iba a dirigirse a su pueblo. De las casas vecinas llegaban los vecinos, vecinas, vecinitas, con sus sillas o banquitos, y se sentaban enfrente, o en la mejor posición que encontraban. En poco tiempo en aquel lugar se reunió tanta gente que se podría decir que las calles se vaciaron. Todos esperaban con una enorme expectación. Cuando el ambiente se había calentado tanto, pues todos creían que el acontecimiento esperado iba a tener lugar, el hado infeliz hizo que ¡Ooooooh!, tuviera lugar un apagón. Y así gritaron las miles de bocas de los que esperaban con ansiedad aquel acontecimiento: ¡Ooooooh!

**Poem, “Guinea,” from the collection *Historia de la humanidad.* Published online, 2006, at** [**http://www.guineanos.org/poemas\_historia\_iib.htm**](http://www.guineanos.org/poemas_historia_iib.htm) **[accessed 26 November 2016].**

**Guinea**

Panfleto de

Reyes godos

en boca de pelinegros

de seso torcido.

Ni evangelismo

ni patronatos

de indígenas indigentes

de fe y bravía.

Al color rojo lo llaman sangre

porque desconocen

la púrpura de los prebendados.

Bantúes con lengua negra

y con todos los pecados capitales en la punta

de los pies y labios carnosos.

Eso sí, no murió el gran Cristo entre nosotros.

Y playas, ríos, plantas y otras plantas que atraen

el vicio

de ladrones de ilusiones ajenas.

¿Un nombre?

Muchos citan el refrán del río.

Poem “Ecuatorial,” from the collection *Filio Dei*, published online, 2006, at <http://www.guineanos.org/poemas_filiodei_x.htm> [accessed 26 November 2016].

**Ecuatorial**

A blancas coloniales

cantaba nuestro poeta Paco.

¿Dónde?

Venga aquí quien quiera

y vea los esputos

sobre exudados infectos

de mozas desbordantes.

Duermen los chicos

con calzones perforados

pues los ministros ya no son castos.

Y dicen que es el kerosín,

que quema la cartilla

y abre los virgos de chicas sin vergüenza.

Por la tarde, todos van a misa

y confiesan sus mentiras

a mano armada.

África libre,

¡viva Guinea Ecuatorial,

off shore de crudos consumidos.

**Hijas del sol**

**§x**

Biography: Piruchi Apo Botupá and Paloma Loribo Apo are an aunt and niece singing duo from Bioko island, Equatorial Guinea. They are of Bubi ethnicity and sing in a mixture of Bubi and Spanish. Their career kicked off when they won a song and dance competition in the Spanish Cultural Centre of Malabo in 1992, followed by a performance at the 1992 Sevilla Expo in Spain. Since then, the *Hijas del sol* have produced six albums, all hits on the international ‘World Music’ and folk scenes. Since 2005, the two have pursued solo careers.

**Song lyrIcs (listen to all songs below via DUO).**

**“Tirso de molina” (from the album *Sibèba*, France: Nubenegra, 1995)**

¡Ay, dolor, cómo siento el dolor!

¡Ay, dolor, más no puedo sufrir!

¡Ay, dolor, sólo puedo llorar!

¡Ay, dolor, sólo puedo cantar!

Camino por las calles

no hagas sentirme una extraña

Camino por las calles

no hagas sentirme una extraña

Me lo hace vivir la policía de España

Me lo hace vivir la policía de España

Me lo hace sentir la residencia en España

Me lo hace sentir la residencia en España

Por trabajar en un país diferente

Por trabajar en un país diferente

dejé mi hogar, mis paisajes y mi gente

Duras son para mí las calles de Madrid.

Como intrusas sin voz de la Puerta del Sol nos echan

Duras son para mí las calles de Madrid

Como intrusas sin voz de la Puerta del Sol nos echan

No sé llegar a Atocha

no sé llegar a Gran Vía

no sé llegar a Bilbao

no sé llegar a Tirso de Molina

Sin poder volver la vista ni adelante ni atrás

sin poder volver la vista ni adelante ni atrás

sin poder volver la vista ni adelante ni atrás

sin poder volver la vista ni adelante ni atrás

¿Cómo llegaré a Atocha?

¿Cómo llegaré a Gran Vía?

¿Cómo llegaré a Bilbao?

¿Cómo llegaré a Cuatro Caminos?

Sin poder volver la vista ni adelante ni atrás

sin poder volver la vista ni adelante ni atrás

sin poder volver la vista ni adelante ni atrás

sin poder volver la vista ni adelante ni atrás

Lyrics repeated in bubi

No tiene marcha atrás

¿Cómo llegaré a Atocha?

¿Cómo llegaré a Gran Vía?

¿Cómo llegaré a Bilbao?

¿Cómo llegaré a Cuatro Caminos?

Verse repeated in bubi

Sin poder volver la vista ni adelante ni atrás

sin poder volver la vista ni adelante ni atrás

sin poder volver la vista ni adelante ni atrás

sin poder volver la vista ni adelante ni atrás

Verse repeated in bubi

**Oro Negro (from the album *Kottó*, France: Nubenegra, 1998)**

Ya me he hartado de llorar

ya no sé ni qué pensar

de los invasores de la naturaleza

Ya me he hartado de llorar

ya no sé ni qué pensar

de los invasores de la naturaleza

Somos pobres agricultores

sin dinero ni oro,

pero nuestra ilusión

fueron nuestras tierras fértiles

que poco a poco se fueron destruyendo

por causa del petróleo.

Que poco a poco se fueron destruyendo

por talar la madera.

El tyaki sonó, uniendo a nuestros pueblos

!basta ya! de enriquecerse siempre

a costa de los pobres

El tyaki sonó, uniendo a nuestros pueblos

!basta ya! de enriquecerse siempre

a costa de los pobres

Karosi, karosi, la bate bori’o.

Karosi, karosi, la bate bori’o.

Y tu que llegaste a cambiar mi paraíso

tienes un desierto en el corazón,

quisiera pedirte que te acuerdes de tu

pueblo

antes de tomar ninguna decisión

antes de tomar ninguna decisión

antes

Párate a escuchar lo que dice mi canción

antes de tomar ninguna decisión

Párate a escuchar lo que dice mi canción

antes de tomar ninguna decisión.

antes de tomar ninguna decisión

antes

antes de tomar ninguna decisión

ninguna decisión

**Kumbala (from the album *Kottó*, Madrid: Nubenegra, 1998)**

We lepe (Don’t give me fish)

tyué tápale aloila txue é lobalola (Teach me how to fish)

Dicen que es orgulloso,

que está perdido en el mundo,

que cada día se engaña

y olvida la tradición.

Dicen que es orgulloso

pero ya sabe que aquí

es muy difícil tener

un buen trabajo y soñar.

E Sibéba si’a hahetyi (Sibeba has said it)

tue tae tó la haheta (And we also repeat it)

na ó la na’a wiam bótyó (If you want to help someone)

tapabo tele, mpabo elako (Show him the way, give him work)

na ó a bopey rihóle. (And give him love.)

La fuerza de su sonrisa

un mundo resucitó

en tus promesas creyó

más de un siglo esperó.

Kumbala, kumbala…

**“África, nombre de mujer” (From the album *Pasaporte mundial*, Madrid: Zomba records, 2001)**

África nombre de mujer

madre querida despiértate, alivia a tus hijos de tanto dolor.

África nombre de mujer

madre querida despiértate, alivia a tus hijos de tanto dolor.

Anochece otra vez,

la pregunta de siempre

vuelve a nacer.

Cuántos días más hay que esperar

para acabar con la hambruna

que a este continente no deja respirar.

África nombre de mujer

madre querida despiértate,

alivia a tus hijos de tanto dolor.

África nombre de mujer

madre querida despiértate,

alivia a tus hijos de tanto dolor.

Como mujer en parto se siente

el dolor de la hambruna

tan sólo pisar la tierra

de los leones, leoprados y cebras,

la tierra donde todo empezó.

África nombre de mujer

madre querida despiértate, alivia a tus hijos de tanto dolor.

África nombre de mujer

madre querida despiértate, alivia a tus hijos de tanto dolor.

El embalse que riega al mundo entero

seco se ha quedado,

en sus interiores, en vez de flores frescas,

setas venenosas crecen cada día.

Sus campos de cultivo sembrados están de minas.

Sus campos de futbol en camposantos se han convertido.

Madre África

África nombre de mujer

madre querida despiértate, alivia a tus hijos de tanto dolor.

África nombre de mujer

madre querida despiértate, alivia a tus hijos de tanto dolor.

África ilá rá waisó

ó bedri bwebwe ribóli nokoó;

Alétulaò Ëpaleoribelà.

África nombre de mujer ...

**“Pasaporte mundial” (From the album *Pasaporte mundial*, Madrid: Zomba records, 2001)**

No te detengas

ante la vida ni te retires

temiendo sus golpes.

Porque la vida es así,

día tras día nos maltrata.

Por otra parte

nos da oportunidad

de elegir nuestro camino.

No hay tiempo de perder,

el mundo es de los valientes,

la muerte al acecho

por si nos equivocamos.

Si no eres valiente es que eres cobarde

y a ti te hace falta un pasaporte mundial

y a ti te hace falta un pasaporte mundial.

Porque la vida es así,

día tras día nos maltrata.

Por otra parte

nos da oportunidad

de elegir nuestro camino.

Nunca te rindas

antes de tiempo,

tampoco te asustes

de lo que te cuenten.

Porque la vida es así,

día tras día nos maltrata.

Por otra parte

nos da oportunidad

de elegir nuestro camino.

Deprisa, deprisa

tú tienes que aprender

que la vida es distinta

de lo que tú crees.

Únete a su juego

tratando de ganar,

o a ti te hace falta un pasaporte mundial

a ti te hace falta un pasaporte mundial.

Porque la vida es así,

día tras día nos maltrata…